

**C A P Í T U L O X I I I**

---

**De la brillante conferencia que el Dr. Quix dio a bordo, describiendo el Heliógrafo, aparato de su invención**

No nos perdonarás, lector paciente, que por tan largo espacio de tiempo te hayamos privado de saber las cosas tocantes al primero y más ilustre personaje de esta historia, intercalando capítulos que parecen no venir a cuento, pero de todo ha de verse en el plan y redacción de los modernos libros de la caballería del Progreso, que deben de ser, por la naturaleza del asunto y circunstancias de lugar y tiempo, muy otros de los que se escribieron en la pasada edad sobre la caballería del honor y de las armas.

Dejamos al Dr. Quix viento en popa, a toda vela, con rumbo a las Indias, y a su compañero Sancho, hecho un plomo dentro del camarote. En el buque venían hombres de todas las profesiones, desde el agricultor acaudalado hasta el poeta soñador. Entre ellos figuraban dos electricistas mecánicos, que pasaban a instalar en cierta ciudad del Nuevo Continente una maquinaria de alumbrado eléctrico.

Llegó a oídos del Dr. Quix parte de una conversación sobre dicha empresa, que sostenían varios pasajeros, encomiando naturalmente las ventajas de la luz eléctrica sobre todo otro alumbrado. Avanzó hasta ellos el doctor, con su aire caballeresco y su traje de turista, adquirido en Barcelona, con todos los aparejos del caso, desde el sombrero de corcho, color de ceniza, en forma de casco prusiano, con velillo blanco en contorno, hasta la caja del antejo, pendiente de una correa terciada sobre el pecho, todo lo cual daba a nuestro doctor y viajero de la Mancha el cabal aspecto de un explorador técnico inglés, yanqui o tudesco.

Con sus largos mostachos y puntiaguda barba, su tez tostada y amarillenta, sus ojos cavernosos, y su complexión acartonada, parecía en realidad, un tipo de raza exótica entre latinos, un hombre cosmopolita, que tanto podía venir del polo norte, como del interior del África. Por su descomunal estatura, no faltó quien creyese que era un profesor ruso, que re corría el mundo por cuenta de alguna Universidad moscovítica.

—Disculpad, caballeros, si me presento inopinadamente en medio de vosotros, atraído sin quererlo, por la interesante materia que tratáis, la cual cae toda ella bajo la jurisdicción de la carrera que profeso.

—Sea usted bien venido, doctor —le contestó un pasajero, a quien antes había sido presentado— y hónrenos con la luz de su saber y su experiencia en esta amigable tertulia, que todos los presentes tendrán grandísimo gusto en ello, mayormente cuando sepan que es usted un eminente sabio y viajero universal.

En seguida, quien de tal suerte habló, hizo a los demás la presentación formal del Dr. Quix, quien no cabía en sí de satisfacción, viéndose tratado y agasajado como hombre de ciencia, por personas tan conspicuas en todos los ramos del Progreso, como él se imaginaba que eran todos aquellos caballeros, a juzgar por la conversación que sostenían.

—Ya que de mí tenéis formado tan alto e innmercido concepto, quiero probaros mi gratitud, haciéndoos partícipes del conocimiento de una gran invención, que dejará muy atrás cuanto aquí habéis ponderado sobre la excelencia del alumbrado eléctrico.

Todos abrieron los ojos con sorpresa, y se acercaron más al Dr. Quix, quien con reposado continente y grave entonación continuó diciéndoles:

—Lo que voy a deciros es cosa sorprendente, que llega por primera vez a conocimiento del público, porque el autor de esa nueva invención soy yo; pero os suplico que aplacemos esta conferencia para esta noche, a fin de hacerla con más despacio y mayor número de oyentes, para lo cual podéis invitar a vuestros amigos y compañeros de navegación, asegurándoos que quedaréis admirados del nuevo progreso, y convencidos de que hay otro alumbrado que supera en esplendor y baratura a todos los conocidos hasta el presente.

No es para descrito el efecto que produjo en los pasajeros el anuncio de esta conferencia extraordinaria. Aquel hombre tenía todas las apariencias de un gran sabio, uno de esos magos del siglo, que juegan a maravilla con las composiciones químicas y las secretas propiedades de los cuerpos.

En fin, cualquier hecho inusitado, por insignificante que sea, despier-ta la curiosidad en todas partes, pero a bordo, toma siempre mayores proporciones, se presenta con los caracteres de suceso extraordinario, porque el público es un prisionero ocioso, ávido de novedades y distracciones.

Todos los pasajeros, inclusive los enfermos, concurrieron a la cita con una puntualidad que decía a las claras el interés y anhelo por oír las revelaciones científicas del ya célebre doctor, quien esperaba tranquilo la hora convenida, en grato e íntimo coloquio con su compañero Sancho, a quien muchos tomaron por un esquimal, contratado por el doctor para su servicio en alguna de sus expediciones a la región boreal.

A Sancho, aunque poco escrupuloso de paladar, le habían parecido detestables las comidas del buque, que era alemán o inglés (no está bien averiguado), y echaba pestes contra ellas, lo mismo que Santiago, que era de idéntico parecer.

—Tampoco a mí me saben bien esos platos —dijo D. Quijote— que tanto difieren de la sazón y condimento de la cocina española, a la cual tenemos ajustados nuestros gustos; pero escucha. Sancho, no es propio ni conveniente decir mal de esas viandas, si es que nos preciamos de ser hombres cosmopolitas y defensores del Progreso. Por el contrario, debemos ponderar su excelencia, en gracia de ser extranjeras; y de esta suerte no nos tomarán por unos palurdos y atrasados en el arte de cocina. Guárdate, pues, de cometer tamaña imprudencia.

—Con perdón de su merced, yo creo que en materia de comida, cada cual se paga de su gusto, y si estos platos no nos saben bien, sino muy mal, sea por esto o por aquello, dígame ¿por qué ha de guardarle uno las espaldas al cocinero, diciendo que son néctares y ambrosía? Por la verdad murió Cristo, y a buen bocado, buen grito; tanto más, que no estamos comiendo de balde.

—No es al cocinero, Sancho, sino al Progreso, a quien debemos guardarle las espaldas, porque yo tengo para mí que el no gustarnos esos platos,

no está en ellos, que deben de ser deliciosos, pues se sirven en países de alta civilización, sino que el mal está en nuestros paladares, configurados a la española, es decir, según moldes atrasados; y por ello, lo mejor será no dar nuestro brazo a torcer, y decir, llegado el caso, que son inmejorables, aunque nos provoquen náuseas, porque de lo contrario nos crearán unos bárbaros. Con el tiempo. Sancho, quizá afinaremos nuestro gusto hasta el grado de perfección y delicadeza que esas viandas exigen.

—Pues haga su merced esos empeños, que yo con mis gustos nací, con mis gustos me crié, y con mis gustos pienso morir. Cada cual en su casa, y Dios en la de todos: a ellos, que les gusta, que con su pan se lo coman; y viva la gallina con su pepita; que el que no está hecho a bragas, las costuras le hacen llagas; y quien bien come y bien bebe, hace lo que debe; y el que no quiere pan de trigo, que lo coma de cebada.

—¡Por Dios, Sancho! que eres incorregible, y siempre has de resollar por lo más rancio y viejo, ensartando esa cáfila de refranes. Debes saber que hoy en castellano, se sustituyen esos proverbios antiguos con frasecillas tomadas del francés, inglés o alemán. La verdad es que aun no he tenido tiempo ni lugar de enseñarte muchas cosas nuevas, entre ellas las que atañen al lenguaje; y ahora tampoco puedo hacerlo, por ser llegada la hora de la conferencia, digo mal, del *interview*, hablando en estilo moderno.

El auditorio estaba efectivamente reunido, y ansioso de oír al Dr. Quix, con doble motivo los electricistas, a quienes tocaba más de cerca la materia que iba a tratar. Cuando el sabio doctor ocupó su puesto, lleno de dignidad caballeresca, crecieron las ansias, y una ruidosa aclamación resonó por todos los ámbitos del buque. El Dr. Quix correspondió a tal muestra de popularidad con una gran reverencia, quitándose el sombrero de corcho y toquillas, y luego empezó su discurso en estos términos:

—Señores: no podría fijarse la altura de un empinado monte, si no se tomase en lo bajo un punto de partida, que en la geografía es el nivel del mar. Así mismo acontece para medir en el campo de la historia la altura de un progreso, pues se hace necesario tomar en lo bajo, es decir, en los primitivos tiempos, el punto de partida, como lo haré yo en esta ocasión, recordando de qué modo se alumbraron las gentes en los siglos de mayor atraso.

“Una hoguera de leños, un hacecillo de pajas o de hojas resinosas, o un mero tizón encendido, he aquí todo el socorro del hombre para proveerse de luz en la primera época, que podemos llamar período *lignario*.

“Vinieron después las hachas y las antorchas, las lámparas de varias formas, en que tanto sobresalieron los egipcios, que llegaron a hacerlas inextinguibles; los cirios y las bujías orientales; las velas de cebo, a partir del siglo XIII; y las esteáricas, inventadas el año de 1831. Este es un período largo e importante, que puede llamarse *oleoso*.

“Desde fines del siglo XVIII, con el invento de Mundock, se efectúa una revolución en el alumbrado: el advenimiento del gas, que produjo en seguida la lámpara de aire inflamable de Gay-Lussac, la lámpara ignífera de Logue, la de seguridad del inglés David, y tantos otros sistemas de gas hidrógeno, puestos en práctica en este período que llamaremos *gaseoso*.

“El último y actual período es sin disputa el más brillante, el período eléctrico, iniciado en 1841, sobre descubrimientos anteriores en el mismo ramo, el cual ha llegado a la perfección y esplendor que todos sabemos.

“Pero hay algo más nuevo que el alumbrado eléctrico: se trata de una invención maravillosa, tanto como natural y sencilla, que dejará muy atrás cuanto en la materia ha combinado el ingenio humano”.

El Dr. Quix hizo una pausa: sus oyentes no pestañeaban siquiera. Habían llegado al punto más interesante de la conferencia, y esperaban silenciosos la gran revelación, en una actitud de humildad expectante. El mágico doctor reanudó su discurso.

—Dios ha encendido en el cielo la primera lámpara del mundo: allí está el sol, que es el padre de la luz planetaria. En lo sucesivo, será él quien nos alumbre de noche. Me preguntaréis ¿cómo puede el sol enviarnos sus rayos durante la noche? De la manera más natural y sencilla: así como en un día de verano y de sequía, bebemos del agua guardada en el aljibe, recogida allí en las últimas lluvias, así también podremos recoger y guardar en el día los rayos del sol, para alumbrarnos con ellos durante la noche.

“¿Será por ventura más difícil recoger la luz que el sonido? Nadie se lo había imaginado, y por imposible se tenía, que una cosa tan efímera e impalpable como la voz humana, pudiera ser recogida y guardada en una caja, para oíría y servirnos de ella en cualquier tiempo, con la mayor identi-

dad y exactitud. Y sin embargo, el *fonógrafo*, que tal maravilla realiza, es ya un aparato vulgar.

“Pues igual cosa habrá de suceder con el aparato de mi invención llamado el *heliógrafo*, por medio del cual se recogerán y guardarán los rayos solares, para difundirlos de noche en el interior de nuestras casas, en los teatros, calles, plazas y paseos públicos. ¡No más productores de gas, ni focos eléctricos! No más artificiosos dispendios para producir en la tierra una luz que el sol nos brinda a torrentes, y que hasta hoy hemos dejado perder, sin aprovecharla para alumbrarnos de noche.

“Mi viaje a la América del Sur completará el invento. La naturaleza guarda aún secretos asombrosos: existe una sustancia vegetal, que tiene la propiedad de retener en sí la luz solar, como retiene la telaraña los insectos que en ella caen. Esta sustancia o *helióforo*, según la he bautizado, se halla en un árbol, descubierto por un misionero jesuíta en los bosques tropicales, aunque sin atinar en la verdadera causa del fenómeno. Dice en sus memorias, que se conservan inéditas, que hecho leña el tronco de uno de estos árboles, se observó que las astillas, expuestas al sol para que se secasen, despedían cierta claridad o resplandor por la noche: y que esta propiedad cesaba cuando la leña era guardada bajo techo, en punto donde no recibía ningún rayo de sol.

“Esto es lo que los físicos han llamado *fosforescencia por insolación*. ¿Qué más queréis? El alumbrado solar será nuestro alumbrado. Si Franklin ha arrebatado el rayo eléctrico a los cielos, y Edison ha perpetuado el sonido, contad con que el Dr. Quix prolongará el día, haciendo brillar la luz del sol en plena oscuridad de la noche”.

Una aclamación unánime se oyó por todas partes: el doctor había tomado a los ojos del selecto auditorio un aspecto fantástico. Creían tener delante a uno de esos brujos científicos, de que se habla en las *Mil y una noches* de las ciencias y las artes, en las obras sorprendentes de Julio Verne.

A partir de este día, no se habló de otra cosa en el buque: los dibujantes sacaron sus lápices y carteras para hacerle el retrato: los corresponsales y cronistas de periódicos desarrollaron sus cartapacios para escribir las noticias del suceso y los apuntes biográficos del inventor, quién le pedía un autógrafo para su álbum; quién, un *interview* privado; en fin, el Dr. Quix

pasó a ser el héroe de la travesía trasatlántica, y dentro de la aureola de celebridad que lo circundaba, aparecían también sus compañeros de viaje: Sancho, que estaba lelo de asombro, y Santiago, en quien día por día aumentaban la admiración y cariño por aquel personaje tan sabio, tan peregrino, tan generoso y tan valiente.

Por ser ya avanzada la hora, D. Quijote llamó a Sancho y se encerró con él en el camarote, donde le dijo, bajando la voz:

—Recuerda, Sancho, mis instrucciones: desdichado de tí, si levantas una punta siquiera del velo que debe cubrir nuestro origen e historia, porque sería malograr la obra de progreso que he puesto sobre mis hombros.

—Y si me preguntan lo que yo sepa de la vida y milagros de su merced, dónde es nacido, si es cristiano o infiel, soltero, casado o viudo, en fin, cuáles son sus hábitos y querencias, ¿qué les contesto?

—Pues responde a esos particulares que no sabes de dónde vengo ni para dónde voy; que mi patria es el mundo entero, porque soy cosmopolita, y si te aprietan mucho, di que soy de Manchéster, como ya te he prevenido; que no me conoces familia, ni nexo alguno de amor ni de sangre que pueda detenerme aquí ni más allá en la carrera que profeso; y en punto a Religión, aunque soy católico, apostólico, romano, y en esta fe y creencia espero vivir y morir, por ningún respecto lo digas a nadie, sino al contrario, di que no creo ni profeso más verdades que las de la ciencia moderna y el progreso indefinido.

—Pero dígame su merced una cosa en que yo no caigo, por ser tan nuevo en esta clase de aventuras, ¿por qué se guarda tanto de decir que es manchego y cristiano rancio? —le preguntó Sancho, haciendo un gran esfuerzo, porque ya el sueño se le venía encima como un nublado.

—Me pones en un aprieto para contestarte, porque en verdad es cosa triste tener que dar la espalda a la patria y menospreciar sus cosas, pero así como en la carrera de las armas, el soldado debe ir adelante siempre, sin que lo detengan vínculos de sangre, ni afectos de ningún linaje, por entrañables que sean, asimismo, por las leyes y disciplina de la estrecha orden del Progreso, me veo obligado a no confesar mi patria, la grande, magnífica y espiritual España, por la sencilla razón de que ella no tiene voz ni voto en el gran congreso de la civilización modernísima. Sus artes, sus letras y sus ciencias,

por preclaras que sean, carecen de importancia, y no merecen atención, si no salen a la escena del mundo bañadas en la pila del extranjerismo, o disfrazadas con trajes de corte y hechura extraños al nativo genio. ¿Crees tú que mi invento habría merecido la más mínima atención, si estos señores hubieran sabido que soy Alonso Quijano, natural de la Mancha? La ignorancia de mi cuna y el apellido Quix me han salvado. ¡Oh, Sancho! por ello debemos poner todo cuidado en imitar, punto por punto, los usos, costumbres e ideas de nuestros vecinos los franceses, y todavía lo haremos mejor, si saliendo de la raza latina, tomamos por modelos a los alemanes, los ingleses, y sobre todo a los yanquis, que son los taumaturgos del Progreso.

Un sordo y prolongado ronquido dio a entender a D. Quijote que había perdido todo su discurso: Sancho estaba profundamente dormido.

—¡Ah, hijo de... tu madre! —le dijo montado en cólera, dándole un formidable puntapié con sus botas claveteadas de turista— ¡Conque así recibes los mejores y más eficaces consejos que puedo darte, alma de cántaro!

—No se encolerice su merced —le contestó Sancho, dando un salto y poniéndose a buen recaudo— ¿No ve que soy sonámbulo, y que tengo más finas las orejas dormido que despierto?

—¿Qué dices Sancho? —le preguntó D. Quijote con vivo interés, aplacándose al instante.

—Que se lo he oído todo, de pe a pa, sin perder jota, y así, no debe su merced tomar a mal que me duerma en la mitad de una conversación, porque sigo oyéndolo entre sueños, tan claro como una campana.

—Ese fenómeno pertenece al hipnotismo espontáneo, y huélgome haber descubierto que seas hipnotizable, porque ya tendré a la mano sujeto en quien hacer ciertas experiencias, para ilustrar una memoria sobre hipnografía comparada, que pienso mandar en el otoño próximo a la Real Sociedad Hipnólocua de Londres.

Con este pensamiento científico se durmió tranquilamente D. Quijote, en tanto que el socarrón de Sancho volvía a entrar en el gran pozo del hipnotismo espontáneo, admirado y satisfecho de la credulidad del sabio doctor.